



■ Darío Gómez Sánchez ■

Caminando con Fernando Vallejo

182

Cirafia

Darío Gómez Sánchez

Caminando con Fernando Vallejo

“En nada creo, soy un idealista”.

Goethe

Sentado en la playa de la iglesia emblemática de Paratí, en el estado brasileño de Rio de Janeiro, leo la entrevista que, en el marco de la Fiesta literaria local, el diario O Globo le hace al escritor invitado Fernando Vallejo y en la que afirma, entre otras cosas, que la clase dirigente colombiana es mentirosa e ignorante su pueblo. De pronto lo veo venir, acompañado de un anciano de pava, bajito y regordete (imagen quijotesca), observando el paisaje a través de unas gafas oscuras que si no le quedaran tan grandes hasta lo harían ver más apuesto. A riesgo de ser rechazado, decido aproximármele.

- Maestro Vallejo, mi nombre es Darío y soy colombiano; cosa que a usted no debe gustarle mucho, según creo.

- ¿Por qué? Para nada. No es así.

Sonríe afablemente y me siento acogido. Ya desde antes llamaba mi atención el contraste entre la debilidad de su afónica voz y la fuerza de sus vociferantes comentarios. Ahora me sorprende la cordialidad de su sonrisa, muy diferente a la hostilidad que esperaba, y más me sorprenderá su sentimiento hacia Colombia, pues durante nuestra caminata podré darme cuenta de que no sólo no tiene nada en contra de nuestro país, sino que lo ama entrañablemente.

- En Colombia tenemos todo esto, y mucho más – dice refiriéndose al ensoñador paisaje de mar, montañas y arquitectura colonial.

Me presenta a la persona que lo acompaña, un mexicano cuyo nombre no recuerdo. Comenzamos a caminar y le hablo de la entrevista que acabo de leer y de cómo la prensa brasileña cuestiona sus provocadores comentarios a propósito del rescate de Ingrid Betancur ocurrido hace pocos días.

- ¿Cuál rescate? Acabo de hablar con un periodista de Sao Paulo y me dice que hay rumores de que pagaron para liberarla. ¡Son unos mentirosos!, ¡Su familia es mentirosa! Dijeron que estaba enferma y mírela como salió de rosadita.

- Y hasta con moda safari – agrego yo, que también tengo mis reservas al respecto.

- Ella misma se buscó su secuestro. Es un ser indeseable ¿Por qué no se va a Francia a hacer política? Porque sabe que allá nadie le come cuento... en Colombia cualquiera se va lanzando para presidente.

- Pero parece que aquí como en Colombia sus declaraciones generan animadversión – intento advertirlo para la intervención que hará mañana en el evento. Y le recuerdo todo ese lío que se armó cuando renunció a la ciudadanía colombiana.

- Y en ese caso como hoy los periodistas tergiversan lo que he dicho. Lo entrevistan a uno con una libretica en la mano y luego inventan lo que no anotaron. En Colombia, a mi me iban

a detener por un artículo sobre los evangelios que publiqué en la revista Soho, y para evitarme problemas y poder salir del país libremente solicité la ciudadanía mexicana, porque yo vivo allá hace muchos años. Y dije lo que siempre he dicho, que Colombia está llena de mentirosos. Luego los periodistas exageraron todo. Pero mucha gente se me arrima y me dice que tengo razón, que en Colombia todos mienten. Como cuando firmamos esa carta diciendo que no volveríamos a España mientras nos solicitaran visa; todos volvieron: García Márquez y Álvaro Mutis y William Ospina. Los únicos que no volvimos fuimos Héctor Abad y yo.

Una periodista extranjera se le acerca, lo fotografía y le dice estar de acuerdo con lo que él dijo en la rueda de prensa. Empiezo a creer que lo que molesta de Vallejo es que hable en público lo que todos piensan en privado y que, además, sea consecuente con ello. Seguimos caminando y me decido a hablarle de mi investigación sobre la temática homosexual en la novela latinoamericana, le comento que, aunque quisiera incluirlo a él, no encuentro en sus obras referencias concretas a relaciones homosexuales.

- En *El fuego interior* se cuenta la vida y milagros de algunos maricas de Medellín y su deseo por las “bellezas menores de veinte años”, pero sin detallar ningún encuentro entre ellos ni explicar porque estos jóvenes son bellos; y en *La virgen de los sicarios*, el narrador explícitamente se niega a contar los encuentros íntimos con Alex y Wilmer. – Pretendo mostrarme como un especialista en su obra, aunque estoy lejos de (querer) serlo.

- Pero la temática está ahí. Son novelas de homosexuales, sin duda. Sólo que sin pornografía. – Y esboza una cómplice sonrisa.

Nos sentamos en una mesa al aire libre, pedimos un café que no sirven. El silencioso mexicano de frente al mar, Vallejo de espaldas y yo en diagonal.

- La tesis que busco demostrar – me ‘lanzo al agua’ – es que la novela latinoamericana que trata de esa temática reproduce un conjunto de clisés socioculturales sobre la homosexualidad, como la pederastia, la promiscuidad y, principalmente, la oposición homosexualidad-heterosexualidad.

- La motivación de los protagonistas de *El fuego secreto* es tener sexo con todos los hombres jóvenes de una ciudad y eso no es un clisé, es más un deseo de trascendencia, un deseo metafísico. De la oposición homosexualidad-heterosexualidad, pues estábamos en los años setenta y eso era lo que conocíamos. Ahora en Ciudad de México usted ve a los muchachos besándose en la calle, en mi época teníamos que escondernos.

Sigo la dirección de su mirada, ahora sin lentes, y me encuentro con el torso desnudo de un “garotão” que nos pasa por el frente. Insisto en mi asunto.

- Pero el arte tiene que ofrecer otras opciones, otras alternativas; salidas diferentes a lo conocido – Le digo con la angustia de quien ha buscado inútilmente.

- En mis novelas no pretendo sustentar ninguna tesis, y creo que el arte no tiene porque proponer salidas. Cuando se le asigna una función, el arte deja de serlo. – Y hace referencia al libro *Mimesis* de Auerbach, que considera fundamental, pues allí se demuestra, según él, que no existe una realidad que el arte tenga o pueda representar.

El mexicano insinúa que quiere regresar al hotel, para lo que debemos caminar por unas calles inundadas debido a la marea del atardecer. A esta hora Paratí es como una Venecia en miniatura, lo que dificulta el desplazamiento, pues las pocas y estrechas aceras disponibles se tornan un laberinto para quien no conoce el camino. El escritor disfruta sorprendido. Al fin conseguimos llegar a la puerta del hotel. Le propongo a Vallejo salir del centro histórico y conocer otro lado de la ciudad. El mexicano se despide.

- Yo busqué literatura homosexual, pero no había mucho. Sólo las cinco obras de Genet, la *Muerte en Venecia*, que es en tercera persona; Proust y Wilde, que tratan el asunto de una forma muy confusa, y Fabrizio Luppo. No hay mucho.

- ¿Y los autores latinoamericanos? – Le menciono algunos incluidos en mi proyecto.

- De Puig sólo sirve *Boquitas pintadas*, porque *El beso de la mujer araña* no es ni siquiera una novela, es un diálogo de tesis muy mal escrito; Luis Zapata escribe mal, pues no sabe lo que es la lengua literaria, al igual que Reinaldo Arenas, sólo que éste es más vital. Intenté leer a Sarduy, pero no me sedujo.

Y luego confiesa:

- Desde que comencé a escribir hace más de 25 años leo poca literatura literatura, acaso si ojeo algunas novelas y los manuscritos que me envían de los concursos.

Por momentos creo que mis ideas le parecen elementales y por momentos me parece que, para ser un escritor, su cultura literaria es algo reducida: no sabe de la existencia de *Bom-Crioulo* (la primera novela latinoamericana

abiertamente homosexual, publicada en 1896 en Brasil), no ha leído *Naked lunch* de William Burroughs ni *Orlando* de Virginia Woolf. Creo que mi proyecto no le convence ni le disgusta. No le importa en realidad. Al final, él es un escritor y yo un académico. Hasta deberá sonarle extraño (o absurdo) que alguien se ocupe en demostrar “la reproducción del discurso heterosexista en la literatura de temática homosexual”. Pero aunque hablamos desde lugares diferentes, en todo momento es gentil para comentar su obra y paciente para responder mis inquietudes.

Teniendo en mente una afirmación que he leído en la entrevista, según la cual la literatura le sirve para liberarse de los recuerdos, le pregunto si después de haber escrito varias novelas se siente más tranquilo.

- Cada día tiene su angustia. Y el bienestar espiritual acaso sólo sea posible con la muerte.

Nunca pensé oír la palabra “espiritual” en boca de Vallejo. Me gustaría llevar la conversación por ese lado, pero el ánimo de parecer interesante y buena gente me impide hacerlo. Hablamos, en cambio, de la alegría brasilera que se ve en los rostros, de la ordinariez de nuestros costños, de los ‘pelaos’ del parque Bolívar en Medellín y del Terraza Pasteur en Bogotá, de la prostitución como un intercambio en el que cada quien sabe lo que tiene y lo que quiere. El hambre de un perro callejero reclama su atención, me cuenta entonces que su hermano es el director de la Sociedad protectora de animales de Medellín y que no recibe ningún apoyo oficial. También me dice que aún no vive económicamente de su obra, y agrega:

- Las autobiografías pueden tener elementos ficcionales, pero aún así hacen parte de los

géneros menores y no de la gran literatura, representada por la novela desde el siglo XIX. Yo estoy queriendo escribir una obra que tenga de todo: invención, realidad, juegos verbales y hasta pornografía.

- ¿Y ha ido a Medellín?

- Estuve hace un mes. Está llena de motos, motos por toda parte. Hace diez años no iba. La gente fue muy querida. Di una conferencia en la Universidad de Antioquia, con el teatro Camilo Torres Ileno. Era sobre el tema de *La puta de Babilonia*, en contra de la iglesia católica, la transmitieron por los canales regionales y pensamos que el alcalde la iba a cortar, pero no, al contrario, me dicen que hasta la repitieron.

Parece un niño contando que triunfó en el colegio. Los ojos le brillan cuando habla de Colombia y, especialmente, de Medellín. Confiesa que le gustaría volver. Y en esto vuelve a sorprenderme. Él, que tanto reniega de Colombia en las entrevistas y que en todas sus novelas reclama por la descomposición de la ciudad en que nació, ahora dice que le parece el mejor lugar para vivir. Definitivamente en este encuentro me doy cuenta de que no hay nada en el hombre que se parezca al escritor. Lo dejo en la puerta de su hotel y le agradezco el honor. Quiero abrazarlo, pero conservo el formalismo. Dos veces me da la mano y me dice que por ahí nos encontraremos.

Al día siguiente asisto a su intervención en el Festival, donde comparte mesa con Cees Noteboom, un escritor holandés que habla de ángeles en sus novelas. El contraste es interesante, lástima que el moderador (un políglota pedante, paisa para más señas) se empeñe en reclamar de Vallejo respuestas breves y concretas. Él, en cambio, insiste

(¡otra vez!) en sus consabidas peleas con los novelistas en tercera persona, la religión católica, los gobernantes del mundo, los evolucionistas y los físicos, la falta de control de la natalidad y el sacrificio de los animales; además agradece por lo bien que se siente en un país "donde las palabras hambre y miseria han desaparecido del diccionario". Él público se ríe de sus comentarios, pretendiendo, quizá, evadir aquello que les parece demasiado trágico. Así como Vallejo, sospecho, evade con airados monólogos y provocadoras entrevistas su profunda ternura. Al salir de la sala pasa por mi lado acompañado de su 'Sancho' y de los organizadores del Festival. Me abstengo de saludarlo: es el escritor en pleno el que está pasando.

Como lector, hallo poesía en la prosa de Vallejo, lo que la hace genuina; sus tramas, al contrario, me parecen dispersas. Lo considero un gran escritor, pero no tan excelente como lo presentan. Como persona, en cambio, debo decir que es uno de los seres más humanos que me he encontrado en mucho tiempo. Y me siento afortunado por ello. De ahí que haya decidido compartir por escrito una semblanza de ese encuentro.

Río de Janeiro, Julio de 2008

G

